

el licenciado Lascuráin. Se levantó la sesión de la Cámara y se abrió el Congreso. Protestó el licenciado Lascuráin. Se clausuró el Congreso. Se abrió de nuevo la sesión de la Cámara; se leyó una comunicación del Subsecretario de Comunicaciones en que manifestó que el Presidente interino había nombrado ministro de Gobernación al general Victoriano Huerta. Media hora después, el licenciado Lascuráin presentó su renuncia de Presidente interino. Se aceptó, y, conforme a la Constitución, se nombró presidente al general Huerta por unanimidad de 122 votos. Se abrieron al público las puertas de la Cámara. Se clausuró la sesión permanente y, ante el Congreso General, rindió protesta como Presidente interino de la República Mexicana, el señor general Victoriano Huerta.

Se hizo público el acuerdo habido el día anterior entre los generales Díaz y Huerta, según el cual se da por inexistente y desconocido el Poder Ejecutivo que funcionaba. Se acordó el nombramiento del siguiente Gabinete: Relaciones, Licenciado Francisco León de la Barra; Hacienda, licenciado Toribio Esquivel Obregón; Guerra, general Manuel Mondragón; Fomento, ingeniero Alberto Robles Gil; Gobernación, ingeniero Alberto García Granados; Justicia, licenciado Rodolfo Reyes; Instrucción Pública, Lic. Jorge Vera Estañol; Comunicaciones, ingeniero David de la Fuente. Se anunció, además la creación de un nuevo ministerio que se denominaría de Agricultura; de cuya cartera se encargaría el licenciado Manuel Garza Aldape. En la cláusula 4<sup>a</sup>, el general Félix Díaz declinó el ofrecimiento de formar parte en el Gabinete provisional, para quedar en libertad de defender su candidatura, de acuerdo con los compromisos que tiene contraídos para con su partido, en la próxima elección.

#### Jueves 20.—Desfile de las fuerzas de la Ciudadela

Desde el medio día los balcones de las avenidas céntricas se engalanan porque en la tarde se verificará el desfile de los defensores de la Ciudadela. A las cinco de la tarde se pone en marcha la columna, en la que figuran los generales Díaz y Mondragón, la Escuela Militar de Aspirantes, el primer regimiento de caballería, el 20 batallón y la gendarmería montada. La gente aplaude y arroja confetti, flores y serpentinas, presentándose ante el Presidente interino los señores Díaz y Mondragón.

Se asegura que el general Huerta dijo al saludar efusivamente al brigadier Díaz: «Querido hermano: quiera Dios que la lucha fratricida que acaba de terminar, sea para bien y prosperidad de la Patria, y que en el menor tiempo posible la paz sea un hecho, a fin de que la Nación mexicana pueda figurar al lado de las más civilizadas.»

## RESEÑA HISTORICA

### DEL LIC. FEDERICO GONZALEZ GARZA

El señor licenciado don Federico González Garza, partidario leal de don Francisco I. Madero en la campaña antirreeleccionista, en la revolución armada de 1910 y como gobernador del Distrito Federal en los últimos meses de aquel gobierno, escribió una reseña histórica de los momentos en que los señores Madero y Pino Suárez fueron aprehendidos y despojados de sus respectivas investiduras.

La voz del señor licenciado González Garza es autorizada en cuanto se refiere a la verdad de los hechos, por haberlos presenciado y por haber sido protagonista importante de la mayor parte de ellos.

He aquí su narración, escrita algunas semanas después de los acontecimientos, al principio de la revolución contitucionalista:

#### Un consejo de Ministros

«Era la una y media de la tarde del día 18 de febrero; el señor presidente acababa de obtener una victoria moral sobre un grupo de senadores que había ido a manifestarle la conveniencia de que, faltaría a su deber, entregando las riendas del gobierno a sus enemigos.

«En esos momentos se hallaba en un saloncito contiguo al gran Salón de Acuerdos de la Presidencia, acompañado de sus ministros Pino Suárez, Lascuráin, Hernández, Vázquez Tagle, Bonilla y Ernesto Madero. Estaban ausentes los ministros de la Peña y Gurza. Se hallaban también uno o dos de sus ayudantes de su estado mayor y yo.

#### Noticia urgente

«Se trataba sobre la necesidad de aumentar la cantidad que se había destinado para proporcionar alimentos a la clase pobre mientras durase la lucha en la capital, cuando intempestivamente penetró en la pequeña estancia el coronel Jiménez Riveroll haciéndose acompañar en seguida por el señor presidente a un pasillo, donde le comunicó como una cosa urgentísima y de parte de Huerta, que se acababa de recibir la noticia de que el general Rivera, que se acercaba a la capital, procedente de Oaxaca, venía rebelado y dispuesto a unirse a los alzados de la Ciudadela, y que para colocar al presidente en un lugar enteramente segu-

ro y fuera de todo peligro, era necesario que en seguida lo acompañara, para que fuera protegido debidamente. Simultáneamente a esta escena, observé que detrás del coronel Riveroll comenzaba a penetrar en el Salón de Acuerdos, un pelotón compuesto de más o menos veinticinco soldados rasos bien armados.

### Brotó una sospecha terrible

«Como un relámpago cruzó por mi mente la idea de que en esos momentos comenzaba a desarrollarse una escena de traición y sangre, y lancé este grito:

«¡Señores, están penetrando soldados y vienen a aprehender al señor Madero!»

«Todos se levantaron instantáneamente, a la vez que el señor Madero regresaba, viniendo a su lado Riveroll, quien daba muestras del mayor afán de convencer al primer magistrado de que debía acompañarle, llegando hasta ponerle una de sus manos sobre las espaldas, como empujándolo insinuantemente.

«Penetra el señor Madero al umbral del Salón de Acuerdos con paso acelerado, seguido de Riveroll, Márcos Hernández, hermano del ministro Hernández, de varios ayudantes y de su Estado Mayor, y de algunos de los que estábamos en el saloncito; se encuentra frente a frente de aquel pelotón de soldados que ya empezaba a evacuar el salón obedeciendo las órdenes de un fiel ayudante, y comprendiendo que Huerta le ha tendido una celada, se detiene y le dice todavía sonriendo a Riveroll, que no lo acompañaría y que le diga a Huerta que pase a su presencia para que imponga de los acontecimientos.

### La muerte del Coronel Riveroll

«Se inicia un diálogo rapidísimo, seguido de un violento forcejeo, y, comprendiendo el ejecutor de las órdenes de Huerta que su víctima está por escapársele, detiene a los soldados exclamando con voz estentórea: «¡Alto!» media vuelta a la derecha; levanten armas, apunten...» y antes de que pudiera dar a los soldados, cuyas armas estaban ya dirigidas hacía nosotros, la terrible orden de hacer fuego, advierto yo en un bravo ayudante (1) que se hallaba inmediatamente adelante de mí, un vivo movimiento del brazo derecho, veo brillar en sus manos el pavonado cañón de una pistola, lo dirige inmediatamente en la dirección de la sien izquierda del coronel Riveroll, se escucha una tremenda detonación y el infidente militar recibe su castigo, desplomándose en tierra con el cráneo atravesado por la certera bala de un leal.

(1) Gustavo Garmendia.

### Momentos de confusión

«No concluye allí la tragedia: los soldados, quizás por haber creído oír la orden de fuego o por haber advertido orden de fuego o por la simple inercia del que está acostumbrado a obedecer órdenes semejantes, dispararon también sus armas, haciendo retremblar con su múltiple detonación los cristales de las ventanas, agitando los cortinajes y llenando el ambiente de una nube espesa de humo, fuertemente saturado con el olor acre de la pólvora, y entonces el salón que antes fuera el



Generales Delgado, Huerta, García Peña y Angeles en una de las calles de México, durante el combate.

asiento de las deliberaciones serenas, y en el que el presidente y sus ministros celebraban sus consejos sobre las graves cuestiones nacionales, se convirtió en teatro de una espantosa confusión; sobre un charco de sangre yacían juntos los cadáveres de Riveroll y Marcos Hernández, y en el extremo opuesto, el del mayor Izquierdo, segundo jefe del pelotón, que también encontró la muerte en manos de otro leal ayudante, (1) y sobre aquella escena de horror, se destacaba, como producto de milagrosas contingencias, la serena y noble figura del señor presidente, que con los brazos abiertos en cruz, como un nuevo Cristo sobre la tempestad, avanzaba majestuosamente de cara al peligro, hacia los soldados, a quienes les decía: «¡Calma muchachos, no tiren!» hasta llegar a ellos y parapetarse tras de sus propios cuerpos.

(1) Se asegura que este ayudante fué el hoy Coronel señor Federico Montes.

### Intentos de salvación

«De este modo, él pudo ganar la puerta que conducía a la antecámara y dirigirse a los salones que dan frente a la Plaza de la Constitución; entre tanto los soldados, desconcertados por la muerte de sus jefes, se desbandaron, buscando como pudieron, una salida.

«El señor Madero no perdió tiempo, se asomó a uno de los balcones y arengó a las tropas rurales que rodeaban palacio, participándoles la asechanza de que estaba siendo víctima. Ellos le contestaron con entusiasmo delirante estar prontos para su defensa y que aguardaban sus órdenes. Mientras, todos sus ministros habían abandonado el lugar en que se encontraban, bajando al primer patio por la escalera de honor y dirigiéndose a la Comandancia Militar, en busca de Huerta, imaginándose que no fuera cosa de éste todo lo que ocurría. Yo bajé por la misma escalera, y acompañado por el vicepresidente, nos dirigimos con rapidez hasta la puerta central de palacio en busca del general Blanquet, de cuya fidelidad, hasta esos momentos, nadie dudaba, para pedirle el auxilio necesario para la defensa del señor presidente. Al llegar a su presencia, con sorpresa que es fácil imaginar, en lugar de cumplir con su deber, ordenó nuestro arresto inmediato, desarmándonos y recluyéndonos en el garitón de la derecha de la puerta central mencionada, poniéndonos incomunicados entre nosotros, con centinelas de vista, quienes recibieron órdenes estrictas.

### La última arenga de Madero

«El señor Madero, entre tanto, junto con tres o cuatro de sus ayudantes y de varios amigos de los más fieles, descendió por el elevador hasta el patio, en busca de apoyo en algún cuerpo de ejército que estuviese cercano, y encontrándose allí formada una parte del 29º batallón, que él siempre había reputado como de los más fieles, y por haber llenado de consideraciones a su jefe Aurelio Blanquet, a quien había ascendido al grado de general de brigada, por todo lo cual, el mismo presidente había dispuesto que este jefe se encargara de la custodia de palacio, con entereza se adelantó hasta las filas, las que al reconocerle, le presentaron respetuosamente las armas, y en vibrantes palabras les dijo:

«Soldados, sé que quieren aprehender al presidente de la república, pero ustedes sabrán defenderme, pues si estoy aquí, es por la voluntad del pueblo mexicano.»

### Blanquet consuma la aprehensión

«Al mismo tiempo, desde el centro de palacio, y seguido por varias compañías de soldados del mismo batallón, Blanquet se había desprendido a paso largo para venir al encuentro del señor Madero, y em-

puñando aquél en su mano un revólver, avanzó hasta él, colocándose a pocos pasos de su persona, y le intimó rendición en estos términos:

«Señor Madero, es usted mi prisionero.»

«Entonces el presidente con ademán de indignación profunda y revestido con toda la dignidad que su puesto y sus convicciones le imponían, le contestó con este apóstrofe.

«¡Es usted un traidor!

«Blanquet repitió:

«Es usted mi prisionero.»

«El presidente responde con más virilidad:

«¡Es usted un traidor!»

Pero viendo que ya toda resistencia era inútil, se dejó conducir a la Comandancia Militar, cuyas oficinas están situadas en el mismo patio de palacio, y en una de las cuales fueron internados el señor presidente y los ministros, con excepción del señor Bonilla, que logró escaparse, y del señor Pino Suárez, que, como antes dije, se hallaba preso conmigo en otro lugar.

### Aparece el general Huerta

«A las 5 p. m. del mismo día 18, después de una escena dramática desarrollada entre Huerta y sus prisioneros, fueron puestos en completa libertad los ministros del señor Madero, y a éste se le trasladó a las habitaciones del intendente de palacio, bajo rigurosa incomunicación, mientras se decidía sobre su suerte. Sin duda para cerciorarse por sí mismo de que el vicepresidente también estaba bien preso, a esa misma hora se presentó Huerta en nuestra prisión. Su llegada la anunciaron sus acicates que resonaban en el pavimento de asfalto con la pesadez propia de una persona que va arrastrando los pies, porque el alcohol que ha ingerido en su organismo, ha privado a sus músculos de la energía suficiente para levantarlos. Llega al dintel de nuestra prisión; escudriña con la mirada todos los rincones, descubre a Pino Suárez de pie en el garitón del centinela que da para la gran Plaza de la Constitución, se informa de que yo también estoy allí en un apartado adyacente, queda satisfecho, y ya para alejarse, pronuncia con voz aguardentosa y bronca y poco inteligible, estas simples palabras, que en sus labios y en aquellos momentos, resonaron en el fondo de nuestras conciencias como una blasfemia: «VIVA LA REPUBLICA.»

### Todos juntos

«Como a las diez y media de la noche, se nos saca de aquella prisión, así como al general Felipe Angeles, un pundonoroso y leal soldado, que fué el Director del Colegio Militar y que también había sido aprehendido esa misma tarde. Grande fué nuestra sorpresa al advertir que nos llevaban al lado del Sr. Madero, con quien yo temía no volver a hablar jamás. La misma sorpresa tuvimos al ver llegar al señor Gustavo Madero, hermano del señor presidente, y al general Delgado, en calidad de prisioneros. Apenas comenzábamos a comunicarnos recíprocamente nuestras impresiones y a considerar la gravedad de nuestra situación, cuando se presentaron varios soldados con orden de trasladar al hermano del señor presidente y a los generales Angeles y Delgado a otros lugares.

«Así lo verificaron, dejándonos andar más en aquel departamento al señor presidente, señor vicepresidente y a mí, y no obstante la necesidad que había de examinar y discutir las probabilidades que hubiera en nuestro favor de que nuestras vidas no corrián peligro, hablamos muy poco sobre el asunto y el señor presidente determinó que nos acostáramos para descansar, lo que efectuamos en seguida, buscando cada uno el mueble que mejor pudiera, para hacer las veces de cama; pues en aquella estancia no había una sola.

### El descanso de la fatiga

«En la puerta de nuestro aposento se hallaban instalados dobles guardias ejerciendo estricta vigilancia sobre nosotros. Rendidos por el cansancio causado por una lucha de diez días, durante los cuales habíamos experimentado toda clase de fatigas y emociones, muy pronto un sueño reparador dió tregua a nuestros morales sufrimientos.

«Mientras esto acontecía dentro del palacio, Huerta y Félix Díaz se repartían el producto de su traición, de acuerdo con las cláusulas de un pacto que formaron en la Embajada Americana y que sellaron con un abrazo de alianza y franca amistad en el crimen.

### Muerte de don Gustavo Madero

«Efectivamente, y mientras el señor presidente quizás soñaba en un amanecer en que la justicia brillaría en todo su esplendor, su hermano Gustavo era conducido a la Ciudadela, en medio de la mofa y el escarnio de los esbirros, y asesinado por la espalda y acosado como un perro, al pie de la estatua del gran Morelos, que un siglo antes había sacrificado su existencia en aras de nuestra emancipación y de nuestra libertad.

«Nosotros pasamos la noche sin novedad, ignorantes de esta espantosa tragedia y sólo advertimos que muy temprano se recobró la guardia que nos vigilaba, introduciéndonos en nuestros cuartos varios centinelas que se colocaron en cada una de las puertas por las cuales se comunicaban los cuartos entre sí, de modo que no podíamos hacer ningún movimiento que no pudiese ser observado por dichos centinelas.

### El general Robles pide la renuncia del Sr. Madero

«El señor presidente quiso hacer alguna observación, pero era inútil, y fué en estas condiciones que se presentó a las ocho de la mañana como comisionado de Huerta, el general Juvencio Robles, para exigir de los señores Madero y Pino Suárez, la inmediata renuncia de sus respectivos puestos de presidente y vicepresidente de la República.

«Para tratar sobre este asunto, el señor Madero y dicho general pasaron a la pieza contigua y fué tal el tono y la forma en que este último cumplió su misión, que equivalía a plantear al señor Madero este dilema:

«Es usted vencido: el Ejército que todavía antier era el primero y principal apoyo de usted y su gobierno, lo ha abandonado; está usted rodeado de enemigos y ni hay tiempo, ni manera de que alguien intente rescatarlo; su vida en estos instantes, depende en lo absoluto de la voluntad de Huerta y Félix Díaz, habiendo sido ya reconocido el primero, de hecho, como jefe de ese Ejército. Ahora bien, vengo a participar a ustedes que, o renuncian a sus respectivas magistraturas, en cuyo caso, tendrán la garantía de la vida, o de lo contrario, quedarán expuestos a todas las consecuencias.

### El optimismo del Sr. Madero

«El Sr. Madero, con aquel optimismo que jamás lo abandonó, creyó que de buena fe Huerta le mandaba hacer aquella proposición, puesto que habiéndosele reducido a la impotencia y despojado de toda probabilidad de volver a ganar lo perdido, o lo menos por el momento, no necesitaban sus enemigos arrebatarle también la vida, y bajo esa consideración se resolvió a investigar en qué condiciones, además de la renuncia, se le dejaría en libertad, y al efecto manifestó al comisionado que como el asunto de que se trataba era de suma gravedad, deseaba que interviniesen en su arreglo altas personalidades diplomáticas; para que así revistiese toda la solemnidad debida y para mejor garantía de su cumplimiento. . . . Los diplomáticos que propuso al principio fueron los señores ministros del Japón y Chile.

### Condiciones para la renuncia

«Luego que se retiró el general Robles, el señor presidente discutió con nosotros el asunto y al fin fijó sus ideas en el sentido de exigir a su vez a Huerta que la renuncia se haría bajo estas condiciones: 1ª Que se respetaría el orden constitucional de los Estados, debiendo permanecer en sus puestos los gobernadores existentes. 2ª No se molestaría a los amigos del Sr. Madero por motivos políticos. 3ª El mismo señor Madero, junto con su hermano Gustavo, el licenciado Pino Suárez y el general Angeles, todos con sus respectivas familias, serían conducidos esa misma noche del día 19 y en condición de seguridad, en un tren especial que los llevaría a Veracruz, para embarcarse en seguida para el extranjero; y 4ª Los acompañarían en su viaje los señores ministros del Japón, Chile y Cuba, quienes recibirían el pliego conteniendo la renuncia del presidente y vicepresidente, a cambio de una carta en que Huerta debería aceptar todas estas proposiciones y ofrecer cumplirlas.

### El ministro Lascuráin, y una triste noticia

«Poco tiempo después se presentó el señor Lascuráin, a quien el presidente impuso de lo anterior, manifestándose el primero lleno de satisfacción al saber que al fin se había encontrado una forma decorosa de conciliar el conflicto, retirándose en seguida para encargarse de arreglar todo lo conducente.

«Llegó el mediodía y se nos dijo que la mesa estaba servida, y cuando empezábamos a comer se presentó de nuevo el señor Lascuráin, pero ya no satisfecho como antes, y acompañado del señor Ernesto Madero y un cuñado de éste, los tres con sus semblantes sombríos, y el último de ellos me llamó aparte con disimulo, para decirme que la noche anterior habían matado a Gustavo Madero en las circunstancias que antes indiqué. Disimulé mi emoción y entonces comprendí por qué los recién llegados traían en sus rostros huellas de una honda pena; pero los señores Madero y Pino Suárez no se dieron cuenta de ello y todos procuramos ocultarles la terrible verdad.

### Obligados por las circunstancias

«El ministro Lascuráin manifestó piadosamente, que todo estaba ya arreglado; que Huerta aceptaba todas las proposiciones del señor Madero, en las que estaba incluida la libertad de su hermano Gustavo, quien desde una noche antes había pasado a la eternidad. Sólo faltaba ahora formular la renuncia, la que en calidad de borrador, verificó en el acto el señor Madero, al mismo tiempo que con tranquilidad comía, escribiendo con lápiz en una hoja de papel que colocó al lado de su pla-

tillo. Concluida la operación, Pino Suárez manifestó con altivez no estar conforme con la razón que se daba como causa de las renunciaciones, y pretendía que se hiciera constar que lo hacían obligados por la fuerza de las armas. Los intermediarios que se daban cuenta exacta del verdadero e inminente peligro que estaban corriendo las vidas de ambos magistrados, lo persuadieron con tacto de lo inconveniente que sería redactar ese documento en los términos en que deseaba Pino Suárez, y al fin se puso como causa la idea general que contiene esta frase: «Obligados por las circunstancias.»

### El papel de Lascuráin

«Los ministros presentes pasaron en limpio el borrador, y una vez examinado de nuevo y aprobado, salieron presurosos para ir a mostrarlo a Huerta, guardándose el borrador original el señor Lascuráin.

«La diligencia empleada por este señor en todo este asunto, se debió a que más que ninguno estaba presenciando y sufriendo a toda hora la terrible presión de los enemigos, siendo él el verdadero intermediario entre ellos y el señor Madero, y teniendo la convicción de que si no obtendría la renuncia de éste en un término perentorio, le arrebatarían la vida al presidente como se la habían arrebatado ya a Gustavo Madero y otras personas adictas a su administración. De ahí que pronto regresaba nuevamente para llevarse aquel anhelado documento, modificando así el propósito del señor Madero. En cambio, trajo la novedad de que, como prueba de la buena fe con que se quería conducir Huerta, comenzaba a cumplir una de las condiciones estipuladas, poniéndome a mí y a los cuñados de Pino Suárez, según orden por escrito que nos mostró el señor Lascuráin, en absoluta libertad.»